

Editorial

Hay por lo menos un par de modos de ser artista. Está el más visible: aquel de quienes trabajan su obra y no sólo buscan ser originales, rompedores de las tradiciones y los cánones, sino además quieren sobresalir —en ciertos casos a toda costa, por encima de todo y aun pasando por encima de alguien, o de todos—. De estos últimos hay quienes, además de amonedar su obra, hacen lo posible por hacer brillar su nombre, convertirse, primero, en referente, y luego, en un adjetivo: kafkiano, picassiano, borgiano —aunque ni en Kafka ni en Borges, de haberla tenido, su “idea de gloria” es-tribaba precisamente en amonedar su creación y convertir su apellido en marca registrada—. También está el modo de quienes suelen ser menos visibles, menos ostentosos, acaso más frágiles, y que luchan discreta y hasta secretamente por llevar su obra, a la que consagran no menos talento ni trabajo, a un escenario, a un taller, a una galería, a una sala, a una revista, a una editorial, a una disquera, y acaso, con suerte, lograr el mismo reconocimiento que el artista prestigiado.

Pero entre esos modos posibles está uno muy especial, no menos valioso y sí indispensable. Se trata de personas que no creen ser artistas porque no desarrollan una obra en específico —una novela, un óleo, una película, una composición—, pero lo son por derecho propio, y los necesitamos tanto como a los otros porque hacen el barbecho (ese momento en que la tierra no da resultados espectaculares pero descansa, se rehumedece, se nutre y se fortalece para en su momento dar alimento). Son hombres y mujeres también artistas, sólo que sus obras consisten en preparar a las generaciones por venir, o el porvenir de las siguientes generaciones, como quiera verse. Su creación son sus contemporáneos al abrirles espacios nutricios, tierras

donde cultivar y hacer florecer y fructificar sus obras. Éste es el caso de Antonieta Rivas Mercado, la mujer que supo ver y reconocer el talento de un Salvador Novo, de un Xavier Villaurrutia; que supo abrir foros para el teatro moderno mexicano y acompañó en su ruta a pintores, a músicos, a dramaturgos, a poetas y ensayistas, a traductores. Y a caudillos culturales: José Vasconcelos. Una mujer que a la vez supo construirse una libertad y una identidad que estaban lejos de ser usuales, mucho menos aceptadas, en aquella época. Y en ese sentido podríamos considerarla una de nuestras primeras feministas.

Como parte de la Cátedra Antonieta Rivas Mercado de la Universidad del Claustro de Sor Juana, hemos dedicado en su honor un dossier de este número. Patricia Rosas Lopátegui abre tema comparándola ni más ni menos que con Sor Juana; Adriana Mondragón y Fernando Gargollo nos cuentan la estrecha relación que hubo entre Antonieta y el Convento de San Jerónimo. Enseguida tenemos un pequeño tesoro documental: una carta de Antonieta dirigida a Gabriela Mistral y otra carta, más íntima, que escribió a su hermana Amelia; fragmentos del llamado Diario de Burdeos son unas verdaderas joyas de ese tesoro. Inmediatamente ofrecemos una serie de trabajos donde se rememora la figura de Antonieta a través de diversos personajes. La periodista Adriana Malvido escribe sobre Kathryn Skidmore Blair, quien se casó con Donald Antonio, hijo de Antonieta; Blair es fundamental en la revaloración de Antonieta, pues fue quien poco a poco descubrió su persona y su obra. Luego tenemos un fragmento de la célebre biografía de Fabienne Bradu, *Antonieta 1900-1931*, donde imagina sus momentos finales. Cibeles Henestrosa, por su parte, nos cuenta cómo se conocieron Antonieta y su padre, el escritor

oaxaqueño Andrés Henestrosa. Claudia Solís-Ogarrio hace un ejercicio de ficción sobre lo que pudo haber pensado una ensimismada Antonieta sentada en el vagón de tren que la llevaría a su último destino. Dan sazón a la subsecuente parte del dossier, que deparan al lector no pocas sorpresas, los textos preparados por Marco Orozco Blair y por Ivett Tinoco García junto con Porfirio Mauricio Gutiérrez Cortés, así como la entrevista a Raoul Fournier que le hiciera hace ya muchos años Jorge Vértiz Gargollo. Y el recorrido se tiñe de filial ternura con el testimonio de Vivian Blair, nieta de Antonieta.

Hablábamos de los modos de ser artista. Pues bien, nuestro segundo dossier es un homenaje a quien ha documentado para nosotros y para futuras generaciones la vida en México durante los recientes cincuenta años: el fotógrafo Rogelio Cuéllar. Comenzamos con una suerte de lotería —o rompecabezas de un retrato—, muy entrañable, escrita a cuatro manos entre Isadora Cuéllar y María Luisa Passarge, hija y compañera del fotógrafo, respectivamente. Nos vamos luego a un convivio de grandes plumas que a lo largo de la vida profesional de Cuéllar han escrito sobre él: un poema de José Emilio Pacheco; un puñado de reflexiones, casi aforismos, de Ricardo Garibay; un breve pero sustancioso texto de presentación de obra escrito por Carlos Pellicer. Por su parte, Vicente Leñero nos habla del fotógrafo como hombre y artista, mientras que Esther Seligson nos detalla los vaivenes de esa obra que registra el contraste entre luz y sombra; Federico Campbell y Juan Villoro nos descubren la manera de trabajar del fotógrafo y cuáles son sus intenciones estéticas; Carlos Monsiváis, cómo no, viene a recordarnos que Cuéllar también tiene un fino sentido del humor; Juan García Ponce y Andrés de Luna nos hablan de la fotografía

erótica a la que Cuéllar ha dado un toque peculiar; Germaine Gómez Haro, a su vez, nos invita a ver la fotografía de Cuéllar como un diálogo sin máscaras. Y cerramos con un testimonio de amistad y de admiración escrito por Jorge F. Hernández.

Finalmente, pero no menos importante, recordamos al gran Charles Bukowski a cien años de su nacimiento, y para ello J.M. Servín y Arturo G. Aldama interpelan a los lectores para llevarlos a reconocer la obra del “viejo indecente” sin las anteojeras de la falsa rigurosidad y sin la veneración ciega.

En nuestra sección de reseñas, Alberto Arriaga nos habla de ese punzante pero maravilloso libro de cuentos de Lucia Berlin que es *Manual para mujeres de la limpieza*. Verónica Ortiz Lawrenz presenta un compendio de la titánica labor de investigación y edición realizada por Patricia Rosas Lopátegui para dar consistencia al cuerpo de obra de Elena Garro, y de ahí seguir impulsando su reconocimiento como una de las magnas protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX. Concluimos con un comentario literario de Ernesto Herrera sobre *La perla*, novela de John Steinbeck, de la cual celebra la nueva traducción al español realizada por Gabriel Bernal Granados y que indudablemente hace lucir la maestría de Steinbeck como narrador.

*

El presente número ha sido posible gracias a la generosidad absoluta y cómplice de dos mujeres maravillosas. Sin ellas, lo digo sin temor a equivocarme, no lo hubiéramos logrado: gracias a Vivian Blair y a María Luisa Passarge.